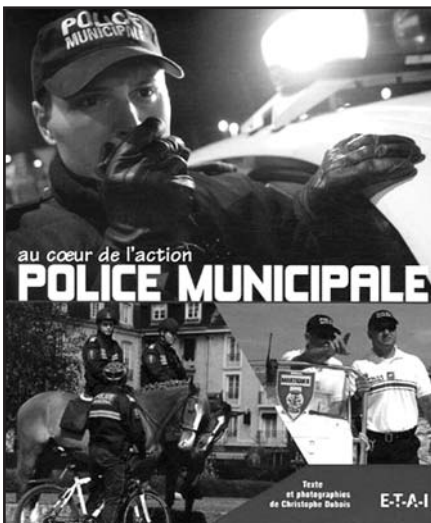


## El nuevo urbanismo militar



Fotografías tomadas de [<http://policialocal.wordpress.com/category/policias-locales-otros-paises/>], 2 de julio 2012.

Cuando se ven los suntuosos edificios en Dubai, uno tiende a olvidar que la mayoría de las ciudades del mundo se edificaron, al menos en parte, como construcciones militares. La historia de cómo los espacios urbanos se planearon, levantaron y habitaron no puede ser contada sin considerar el papel central del poder y el control.<sup>1</sup> Antes y después de la era moderna, las ciudades y las ciudades-Estado fueron, al mismo tiempo, los agentes y blancos de los conflictos; el saqueo y la matanza de sus habitantes, fortificados, era el evento central de toda guerra.<sup>2</sup> Y con frecuencia, las historias de ello llenaban las narraciones épicas, como en la Biblia —especialmente, Jeremías y Lamentaciones— y otros clásicos religiosos y filosóficos. “Los mitos de la ruina urbana crecen en las raíces de nuestra cultura”.<sup>3</sup>

En los siglos XVI y XVII, cuando en un mundo global de imperialismo capitalista comenzaron a emerger los dominios colonialistas de Europa como “fronteras de contención del poder”, se comenzó a buscar un monopolio de la violencia política.<sup>4</sup> “Los Estados, como agentes de la guerra en expansión, y atrapados en el galope de las ciudades”,<sup>5</sup> controlaban políticamente la violencia, la represión y la adquisición colonial de territorios, materias primas, riquezas y mano de obra más allá de sus fronteras.<sup>6</sup>

Desde ese periodo, las ciudades han sido centrales para la violencia del capitalismo imperialista. Su habilidad para centralizar actividades militares, políticas y económicas ha sido crucial para reorganizar en forma jerár-

\* Newcastle University.

<sup>1</sup> Max Weber, *The City*, Glencoe, Free Press, 1958; Lewis Mumford, *The City in History*, Nueva York, MJF Books, 1961.

<sup>2</sup> Max Weber, *op. cit.*; C. Gravett, *Medieval Siege Warfare*, Oxford, Osprey, 1990.

<sup>3</sup> Marshall Berman, “Falling Towers: City Life After Urbicide”, en Dennis Crow (ed.), *Geography and Identity*, Washington, Maitonneuve, pp. 172-192.

<sup>4</sup> Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Cambridge, Polity, 1985.

<sup>5</sup> Fernand Braudel, *Capitalism and Material Life*, Nueva York, Harper and Row, 1973.

<sup>6</sup> Felix Driver y David Gilbert (eds.), *Imperial Cities*, Manchester, Manchester University Press, 2003.

quica las relaciones de poder en diversas escalas espaciales.<sup>7</sup> No obstante, desde que Occidente organizó sus poderes imperiales la violencia a gran escala en las ciudades coloniales no siempre fue imprescindible. En muchos casos, tanto las clases medias como los pobres fueron integrados al interior de las economías de explotación colonial.<sup>8</sup> No por ello olvidemos que la guerra, la desaparición y la supresión violenta de las rebeliones —contra guerrillas revolucionarias, movimientos autónomos, comunidades e industrias indígenas o minorías demonizadas— fueron igualmente centrales en los procesos de explotación colonial: “las bases económicas del triunfo del capitalismo fueron, desde el siglo XV hasta el XIX, el estado de guerra y el pillaje”.<sup>9</sup> En particular, la construcción de los imperios coloniales europeos se sustentó en un amplio espectro de guerras urbanas. Esto, inequívocamente, focaliza el lazo entre las escalas de explotación, las luchas por la descolonización de las ciudades y el campo, y la política volátil de las metrópolis en el seno de los imperios.<sup>10</sup>

Las tecnologías del arte militar al interior de las ciudades se conectaban continuamente con las fronteras y los centros metropolitanos. Estos procesos históricos recuerdan poderosamente la metáfora foucaultiana del *boomerang*. Los poderes europeos luchaban contra rebeliones e insurgencias en ciudades y áreas rurales en los márgenes de sus imperios, pero al mismo tiempo trabajaban por proteger a sus ciudades capitales de las



“revoluciones alimentadas por la lucha de clases”.<sup>11</sup> En este proceso: “El campo de batalla se trasladaba de los espacios abiertos hacia el interior de los muros de las ciudades, hasta su corazón, como una lucha por la ciudad misma. El sitio terminaba cuando la protección de la ciudad era rota y penetrada. La guerra urbana comenzaba justo en ese punto.”<sup>12</sup>

Esas guerras urbanas coloniales y sus “efectos *boomerang*” nos recuerdan sobre el peligro de intentar aplacar las resistencias guerrilleras en ciudades ocupadas por medio del uso de un poder militar superior, actos de brutalidad, violencia urbanicida o reestructuraciones físicas por la fuerza. Con frecuencia, los experimentos para reordenar el espacio en los laboratorios de la ciudad colonizada regresan como un *boomerang* en la planeación urbana de las metrópolis. Por ejemplo, después de sofocar la insurrección en Argelia en la década de 1840, mediante una combinación de atrocidades y la destrucción de vecindarios enteros para construir caminos modernos, las técnicas de planeación urbana de Marshall Thomas Robert Bugeaud<sup>13</sup> “saltaron el

<sup>7</sup> Kanishka Goonewardena y Stefan Kipfer, “Postcolonial Urbicide: New Imperialism, Global Cities And The Damned Of The Earth”, *New Formations*, núm. 59, Autumn 2006, pp. 23-33. Anthony King, *Urbanism, Colonialism, and the World Economy*, Londres, Routledge, 1990.

<sup>8</sup> Mike Davis, “The Urbanization Of Empire: Megacities and the Laws of Chaos”, en *Social Text*, vol. 22, núm. 4, Winter, 2004, p. 9; Anthony King, *op. cit.*

<sup>9</sup> Pierre Mesnard y Méndez, “Capitalism Means/Needs War”, en *Socialism and Democracy Online*, vol. 22, núm. 2, 2002 [http://www.sdonline.org/32/capitalism\_means\_needs\_war.htm].

<sup>10</sup> Henri Lefebvre, *Everyday Life in the Modern World*, Londres, Continuum, 2002; Stefan Kipfer y Kanishka Goonewardena, “Colonization and the New Imperialism: On the Meaning of Urbicide Today”, en *Theory and Event*, vol. 10, núm. 2, 2007, pp. 1-39.

<sup>11</sup> Eyal Weizman, entrevista con Phil Misselwitz, “Military Operations as Urban Planning”, en *Mut Magazine*, August, 2003 [http://www.metamute.org/?q=en/node/6317].

<sup>12</sup> *Ibidem.*

<sup>13</sup> En 1847 Bugeard escribió el primer manual occidental de guerra urbana: *La guerre des rues et des maisons* (La guerra de calles y casas), reimpresa en París, por Jean-Paul Rocher, 1997.



Mediterráneo hacia las calles y callejones de París”.<sup>14</sup> Para socavar el fermento revolucionario entre los pobres de París, Bugeaud concibió un plan de reorganización violento de la ciudad por medio de la construcción de calles amplias y calzadas para uso militar, que su ávido lector, el barón Haussman, implementaría más tarde.<sup>15</sup>

Para finales del siglo XIX e inicios del XX, las ciudades industriales en el norte global habían crecido en sincronía con los poderes asesinos de la tecnología. Proveían de mano de obra y materiales para sustentar las guerras masivas, industriales, o “totales” del siglo XX. Al mismo tiempo, sus industrias (con frecuencia llenas de mujeres) y vecindarios emergieron como los blancos principales de la guerra total. La ciudad industrial se convirtió “en su totalidad un espacio para la guerra. En unos cuantos años [...] los bombardeos se trasladaron de los sitios estratégicos, a áreas urbanas muy extensas y a la aniquilación instantánea de sus espacios y poblaciones”.<sup>16</sup>

Estos procesos fueron afilados usando replicas de las arquitecturas de las ciudades a bombardear. En Dugway, Utah, por ejemplo, el ejército estadounidense construyó una replica exacta de los edificios de Berlín, al lado de aldeas de madera y papel de arroz japonesas,

<sup>14</sup> Eyal Weizman, “The War of Streets and Houses”, en *Cabinet Magazine*, núm. 22, Summer 2006 [<http://www.cabinetmagazine.org/issues/22/bugeaud.php>].

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> Martin Shaw, *War and Genocide*, Cambridge, Polity, 2003.

que quemaron una y otra vez para diseñar las bombas más efectivas para su destrucción.<sup>17</sup>

### El blanco en la mira

El 14 de noviembre de 2007, Jacqui Smith, la secretaria de Defensa Nacional, anunció uno de los más ambiciosos planes en la historia de la vigilancia del Estado para ubicar a las personas que entran y salen de Gran Bretaña. El altamente controversial programa e-Borders apuntó a desplegar una serie de técnicas con sofisticados algoritmos y cruzamiento de datos para identificar a “ilegales” —personas que podrían tener un comportamiento amenazante— antes de pisar suelo británico. El programa utiliza una tecnología desarrollada por el consorcio Trusted Borders, encabezado por la enorme corporación de defensa Raytheon.

El proyecto e-Borders está basado en el sueño de la omnipresencia tecnológica: seguirle la pista a todos los que transiten por las fronteras británicas, usando registros de actividades pasadas y asociaciones para prevenir futuras amenazas. Smith ha prometido que cuando el sistema sea plenamente funcional en 2014 —aunque sus críticos han dicho que es impracticable—, el control y seguridad de las fronteras británicas se restablecerá en un mundo de movi­lidades radicales e inseguras. La secretaria predice que

[...] quienes viajen a Gran Bretaña serán investigados, contrastando las listas de los que no pueden volar en avión con los posibles riesgos que representa cada persona. Junto con las visas biométricas, todo esto ayudará a mantener los problemas lejos de nuestras costas. Añadamos una revisión doblemente ruda en las aduanas y una cédula de identidad para extranjeros. Con eso tendremos un triple registro de los que entran a nuestro país.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Mike Davis, *Dead Cities and Other Tales*, Nueva York, New Press, 2003.

<sup>18</sup> Nicole Kobe, ‘Government Announces that half of £1.2 billion in funding for Technology to Boost Border Security will go to Raytheon-led Trusted Borders Consortia for a Screening System’, en *IT Pro*, núm. 14, November, 2007 [<http://www.itpro>].

El lenguaje de Smith —listas de blancos posibles, vigilancia, chequeos, visas biométricas— revela mucho. La proliferación global de una vigilancia estatal profundamente tecnofílica, como la del proyecto e-Borders, señala la asombrosa militarización hacia la sociedad civil: la ampliación de las ideas militares de búsqueda e identificación de un blanco, hacia los espacios y circuitos de la vida cotidiana. Sin duda, proyectos como este son más que respuestas estatales a los vaivenes de las amenazas a la seguridad. Más bien, en un mundo marcado por la globalización y la creciente urbanización, esos intentos representan los viejos sueños militares de alcanzar la omnipresencia tecnológica y racional sobre el gobierno de la sociedad civil.

Con ambas doctrinas, de seguridad y militares, centradas en la tarea de identificar insurgentes, terroristas y un amplio registro de amenazas ambientales que provienen del caos de la vida urbana, se vuelven más claros los motivos de esa omnipresencia. Más aún, no importa que sean las filas en el aeropuerto de Heathrow, los pasillos de las estaciones del metro de Londres o las calles de Kabul o de Bagdad, la doctrina enfatiza que las intenciones de las personas deben identificarse antes de que su potencial mortífero sea realizado, incluso hasta cuando no puedan distinguirse del resto de la población urbana. De ahí el manejo paralelo, tanto en el corazón del norte global como en las periferias y fronteras coloniales, de adoptar sistemas de vigilancia de alta tecnología que hacen que la acumulación de datos pasados se use como una forma de identificar la futura amenaza.

### Sus hijos contra nuestro silicón

En la raíz de tales visiones de seguridad en el mundo de la posgue-

co.uk/139053/650-million-e-borders-contract-to-raytheon-group]. Una ironía de otro tipo de vigilancia —las cuentas del *pay per view*— casi hacen renunciar a Smith en marzo de 2009, cuando se descubrió que trató de que el Parlamento pagara las cuentas de su marido por su adicción a las películas pornográficas.



rra fría, reside la fantasía de usar el irrefutable poder tecnológico de los bagajes occidentales para restaurar su menguada supremacía militar, política y económica. “En casa y fuera de ella, todo se reducirá a esto: sus hijos contra nuestro silicón”, escribieron los teóricos de la seguridad de Estados Unidos, Mark Mills y Peter Huber, en el derechista *City Journal*, un año después de los ataques del 9/11, “y nuestro silicón ganará”.<sup>19</sup>

Huber y Mills preludivan un futuro cercano parecido al de la película *Minority Report*. En su perspectiva, una adaptación de los sistemas de vigilancia y rastreo emergían a espaldas de la alta tecnología de consumo, comunicación y transporte para permear todas las esferas de la vida en las ciudades occidentales.

Comparando continuamente registros de comportamientos individuales con extensas bases de datos de eventos pasados y asociaciones, esos sistemas de registro —según la teoría— automáticamente señalarían si los cuerpos, espacios o sistemas de infraestructura urbanos podrían estar a punto de caer bajo un ataque terrorista.

Así, lo que Huber y Mills llaman “blancos dignos de confianza o cooperativos” son continuamente separados de los “no cooperativos”; es decir, de quienes usan los servicios postales, electricidad, Internet, finanzas, aerolíneas y sistemas de transporte como medios para proyectar resistencia y violencia. Y, en efecto, la visión de Huber y Mills propone una ampliación de las formas de seguridad y sistemas de vigilancia de los aeropuertos, que se extienda a todas las ciudades y, desde su base, los utilice en las sociedades con los medios de alta tecnología de consumo y transporte ya empleados en las urbes occidentales.

Para cuidar las fronteras coloniales en resistencia, Huber y Mills, como muchos de los teóricos de la seguridad militar de Estados Uni-

<sup>19</sup> Mark Mills y Peter Huber, “How Technology Will Defeat Terrorism”, en *City Journal*, Winter 2002 [http://www.city-journal.org/html/12\_1\_how\_tech.html].



### El nuevo urbanismo militar

Las aplicaciones de la avanzada tecnología que se cruzan entre lo militar y lo civil —entre la vigilancia y el control de la vida cotidiana en las ciudades occidentales y el acecho por guerras coloniales y recursos— están en el centro de la mayor parte de las tendencias que caracterizan el nuevo militarismo urbano. Por supuesto, sus efectos son distintos en las ciudades que en las actuales zonas de guerra, pero

sea cual sea el medio ambiente, esa alta tecnología de la violencia se basa en un conjunto de ideas compartidas.

Lo fundamental en este resurgimiento del militarismo es el nuevo paradigma, que considera la infraestructura y los espacios comunitarios y privados de una ciudad como potenciales fuentes de amenaza. Esto se manifiesta en el uso generalizado de la guerra como metáfora dominante para describir la condición prolongada e ilimitada de las sociedades urbanas —en guerra permanente contra las drogas, el crimen, el terrorismo: contra la inseguridad en sí—. Este proceso incorpora la sigilosa militarización de una amplia gama de discursos políticos, paisajes y circuitos de infraestructura urbanos, así como una variedad de espacios de la cultura urbana y popular. También conduce a la progresiva e insidiosa difusión de debates sobre el militarismo y la “seguridad” en todos los ámbitos de la vida. En conjunto y de golpe, esto lleva esencialmente a ideas militares de persecución y preparación para una guerra que podría librarse en cualquiera de nuestros días a día en la ciudad.

La insidiosa militarización de la vida urbana ocurre justo cuando la humanidad, por primera vez en 150 mil años, se ha vuelto una especie predominantemente urbana. Para dar una idea de la notable variedad de circuitos políticos, sociales y culturales que en la actualidad están siendo colonizados por el nuevo urbanismo militar, señalaré cinco características que me parecen claves.

#### *Urbanizando la seguridad*

Como las prescripciones sobre el futuro de Huber y Mills, el nuevo militarismo urbano, con toda su com-

dos, sueñan en una constante guerra de contrainsurgencia, automatizada y robotizada. Usando sistemas desplegados en las ciudades de la Unión Americana, pero esta vez con el poder soberano de matar autónomamente, imaginan a las tropas liberadas del sucio trabajo de combatir y matar en los terrenos de frontera, los cuales podrían rápidamente urbanizarse. Legiones de pequeños robots armados de sensores y capaces de comunicarse unos con otros, serían desplegados para patrullar permanentemente las calles, desiertos y avenidas. Huber y Mills sueñan con un futuro en el que guerreros robóticos trabajarían sin descanso para anticipar a detalle el proyecto de algún poder destructivo con precisión y criterio, “desde una distancia segura, semana tras semana y año con año, por el tiempo que sea necesario”.<sup>20</sup>

Esas fantasías de la omnipresencia de la alta tecnología son mucho más que ciencia-ficción. Por ejemplo, Raytheon, al mismo tiempo que construía el programa británico de e-Borders, manufacturaba los misiles-cruceiros y los robots regularmente utilizados por la CIA para sus asesinatos políticos en el Medio Oriente desde 2002. Raytheon<sup>21</sup> está también en el centro de una serie de proyectos militares diseñados para utilizar el *software* que permita a las armas robotizadas localizar blancos y asesinar a sus enemigos de forma automática, sin participación humana de por medio, tal como Huber y Mills lo habían previsto.

<sup>20</sup> Mark Mills y Peter Huber, *op. cit.*

<sup>21</sup> Raytheon es una corporación industrial y uno de los contratistas de defensa militares más grandes de Estados Unidos. Más de 90 por ciento de sus ganancias provienen de contratos de defensa alrededor del mundo.

plejidad y alcances, descansa en una idea central: que las técnicas militares de búsqueda y visualización del objetivo deben colonizar de manera permanente el paisaje urbano y los espacios de la vida cotidiana, tanto en “la patria” y ciudades al interior del Occidente como en las fronteras del mundo neo-colonial. Mas para ello, y para los gurús militares, es imprescindible que el único medio adecuado para enfrentar estas nuevas realidades sea mediante lo que ellos llaman guerra “asimétrica” o “irregular”.

Este tipo de guerras no estatales, terroristas o insurgentes se colocan contra las fuerzas militares, las de seguridad de alta tecnología e inteligencia de los Estados nacionales, junto con la creciente gama de florecientes empresas particulares y filiales de armamento. Sin uniformar y sin distinguirse realmente de las poblaciones civiles, los guerreros de los no-Estados, milicias, insurgentes, terroristas, merodean invisibles gracias al anonimato producido por las florecientes ciudades del mundo (especialmente en los distritos informales de rápido crecimiento). Ellos explotan los circuitos y arterias que enlazan a las ciudades modernas: Internet, YouTube, la tecnología del GPS, celulares, aviones, el turismo globalizado, la migración internacional, los sistemas portuarios, las finanzas globales, e incluso los servicios postales y las redes eléctricas.

Los ataques terroristas en Nueva York, Washington, Madrid, Londres y Mumbai (por nombrar algunos), junto con los asaltos militares de Bagdad, Gaza, Nablus, Beirut, Grozny, Mogadishu y Ossetia del Sur, demuestran que la guerra asimétrica es el vehículo de la violencia política a través de los espacios transnacionales. Cada vez más la guerra contemporánea sucede en supermercados, edificios, túneles de transporte subterráneo y en distritos industriales, más que en campos, selvas o desiertos.

Todo esto significa que, por primera vez desde la Edad Media, la geografía urbana y los sistemas que la enlazan están en el centro de las discusiones sobre la guerra, la geopolítica y la seguridad. En la nueva doctrina de la guerra asimétrica —también llamada “conflicto de baja intensidad”, *netwar*, “guerra prolongada”



o “guerra de cuarta generación”— los prosaicos sitios de la vida diaria de las ciudades se están convirtiendo en el principal campo de batalla,<sup>22</sup> tanto en casa como en el extranjero.

En ese contexto, la doctrina de la seguridad occidental ha sido rápidamente reimaginada hacia formas que borran dramáticamente las separaciones jurídicas y operacionales entre políticas, inteligencia y militarización; las distinciones entre guerra y paz, y entre operaciones locales, nacionales y globales. Cada vez más, las guerras y sus movilizaciones asociadas dejan de ser limitadas por el tiempo y el espacio, para convertirse en guerras sin fronteras y casi permanentes.

Al mismo tiempo, los centros de poder estatales gastan cada vez más recursos tratando de separar a los sujetos peligrosos y malignos de los que se consideran valiosos y amenazados dentro de los espacios urbanos y las infraestructuras que los enlazan. En vez de un sistema legal de derechos humanos basado en la ciudadanía universal, esta política de seguridad emergente se basa en hacer perfiles de individuos, lugares, comportamientos, asociaciones y grupos. Tales prácticas asignan estas categorías de riesgo, basándose en la percepción de esos perfiles y asociaciones con la violencia, disrupción o resistencia en contra del orden geográfico dominante global del neoliberalismo capitalista.

En Occidente este cambio amenaza con reestructurar la idea de ciudadanía y fronteras nacionales; idea medular al concepto de Estado-nación occidental desde

<sup>22</sup> Tim Blackmore, *War X: Human Extensions in Battlespace*, Toronto, University of Toronto Press, 2005.



mediados del siglo XVII. Esa creciente y riesgosa obsesión puede utilizar las herramientas de seguridad nacional para separar las ideas que alimentan la concepción universal de ciudadanía nacional. Por ejemplo, Estados Unidos ya pidió a Gran Bretaña emitir una visa especial para los británicos que quieran ir a América y hayan visitado Pakistán. En otras palabras, estos procesos amenazan con establecer fronteras *dentro* de los espacios de los estados nacionales, poniendo en duda las definiciones geográficas y sociales de “afuera” y “adentro” de las comunidades políticas. Es un proceso paralelo a la irrupción de aduanas y controles en aeropuertos, almacenes, terminales de Internet y estaciones de tren.

Mientras tanto, las armas policiales, y las de seguridad e inteligencia de los gobiernos, están yendo más allá de los límites territoriales nacionales, como en los sistemas globales de vigilancia creados para monitorear aerolíneas y puertos, el comercio, las finanzas y los sistemas de comunicación mundial. Los programas de fronteras electrónicas, por ejemplo —como el Raytheon de Gran Bretaña—, están siendo integrados a sistemas transnacionales, de tal forma que los comportamientos de los pasajeros y sus relaciones puedan ser extraídos de bases de datos antes de que los pasajeros aborden sus vuelos a Europa y Estados Unidos. Los poderes policíacos también se extienden más allá de las fronteras. El Departamento de Policía de Nueva York, por ejemplo, ha establecido recientemente una cadena de diez oficinas extraterritoriales para llevar a cabo sus esfuerzos antiterroristas. Las políticas extranacionales proliferan ya en cumbres internacionales y en eventos deportivos. Y en un movimiento paralelo a los campos de refugiados se les mantiene fuera de las fronteras, para que sus cuerpos malignos, inútiles y amenazantes puedan almacenarse y lidiar con ellos de forma invisible y a distancia.

La expansión de los poderes policíacos más allá de las fronteras ocurre justo cuando las fuerzas militares se despliegan por las naciones occidentales. En Estados

Unidos recientemente se estableció un comando para América del Norte, una región que solía ser la parte del planeta no cubierta de esa manera. Además, el gobierno de Estados Unidos ha reducido gradualmente las antiguas barreras legales para desplegar militares en sus ciudades. El entrenamiento para estados de guerra urbanos ahora se practica en varias ciudades estadounidenses como simulaciones de crisis de “seguridad nacional”, y acaso para enfrentar insurgencias en las periferias del imperio. Más aún, la convergencia entre doctrina y alta tecnología satelital, desarrollada para la *guerra fría*, se ha dirigido cada vez más a vigilar dentro de nuestras ciudades.

#### *El boomerang de Foucault*

El nuevo militarismo se alimenta de experimentos de la tecnología de vigilancia en la Franja de Gaza o en Bagdad y, sobre todo, de las operaciones de seguridad en eventos deportivos y cumbres de mandatarios. Es en estas operaciones donde se prueban las tecnologías que posteriormente se venderán en los mercados de la seguridad nacional. Los modelos de pacificación, militarización y control se prueban en las calles del sur global y se trasplantan a las ciudades capitalistas del norte. Esta sinergia entre las operaciones en el extranjero y de seguridad nacional es la segunda clave de las doctrinas del nuevo militarismo urbano.

Lorenzo Veracini, experto en estudios internacionales, ha diagnosticado un dramático aumento de la importación de técnicas propias del mundo colonizado hacia el manejo y planeación de las ciudades europeas y estadounidenses. Esos procesos, argumenta, gradualmente harán desaparecer la “clásica y añeja distinción entre el rostro de la condición colonial afuera y adentro”.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> Lorenzo Veracini, “Colonialism Brought Home: On the Colonization of the Metropolitan Space”, en *Borderlands*, vol. 4, núm. 1, 2005 [<http://www.borderlands.net.au>].

Es importante enfatizar que estas estrategias y técnicas implantadas en Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel en el periodo poscolonial<sup>24</sup> implican no sólo un nuevo urbanismo militarizado en las zonas de guerra en el extranjero, sino su difusión e imitación dentro de la vida urbana occidental y secularizada. Como en el siglo XIX, cuando las naciones colonialistas probaron la recolección de huellas dactilares, la construcción de prisiones panópticas y de avenidas haussmanianas en vecindarios insurrectos, luego importaron esas técnicas para sus propias poblaciones. Es lo que Michel Foucault llamó el efecto *boomerang*:<sup>25</sup>

La colonización blanca, con sus técnicas y sus armas políticas y judiciales, obviamente trasplantó sus modelos europeos a otros continentes, pero también tuvo un efecto *boomerang* en los mecanismos de poder en Occidente, en sus aparatos, instituciones y técnicas. Toda una serie de modelos coloniales fueron traídos de regreso a Occidente y el resultado fue una práctica que imitaba la colonización, una colonización interna, en sí misma.<sup>26</sup>

En el periodo contemporáneo, el nuevo urbanismo militar comprende una miríada de sorprendentes efectos *boomerang*. Por ejemplo, los vehículos no tripulados, diseñados para vigilar a los palestinos, ahora se usan rutinariamente por parte de las fuerzas policiales en Estados Unidos, Europa y Asia del Este. Los operadores de las prisiones de máxima seguridad ahora organizan el encarcelamiento y la tortura de la “guerra contra el terrorismo”. Las corporaciones militares privadas ahora detentan los contratos de reconstrucción, lo mismo en

Bagdad que en Nueva Orleans. La pericia de Israel para controlar poblaciones es imitada en las operaciones de seguridad para eventos internacionales. Y los policías-listos-para-disparar, entrenados para combatir a los terroristas suicidas en Tel Aviv y Haifa han sido adoptados por las policías europeas y estadounidenses —esto llevó directamente al asesinato de Jean Charles de Menezes por parte de la policía antiterrorista de Londres el 22 de julio de 2005.

Mientras tanto, la vigilancia hacia las manifestaciones sociales en Londres, Toronto, París y Nueva York utiliza las mismas armas no-letales que el ejército israelí aplica en Gaza o Jenin. La construcción de zonas de seguridad alrededor de los centros financieros en los distritos de Londres y Nueva York importa directamente las técnicas usadas en las bases de ultramar. Finalmente, muchas de estas técnicas usadas para fortalecer enclaves en Bagdad y ocupaciones en la franja de Gaza son vendidas alrededor del mundo como lo último en soluciones de seguridad por las corporaciones que enlazan empresas y Estados entre Israel y Estados Unidos.

Notablemente estos efectos *boomerang* que sueldan las doctrinas de seguridad en las ciudades occidentales con las de las periferias coloniales están apuntalados por políticos de derecha y los comentaristas al servicio de los militares. Éstos tienden a implicar que las ciuda-

<sup>24</sup> Derek Gregory, *The Colonial Present*, Oxford, Blackwell, 2004; David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2005.

<sup>25</sup> Michel Foucault, *Society Must Be Defended: Lectures at the Collège de France, 1975–1976*, Londres, Allen Lane, 2003, p. 103. Sobre el panóptico véase Tim Mitchell, “The Stage of Modernity”, en Tim Mitchell (ed.), *Questions of Modernity*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2000, pp. 1–34. Sobre Hausmann véase Eyal Weizman, *op. cit.*, 2003; y sobre huellas dactilares ver Chandak Sengoopta, *Imprint of the Raj: How Fingerprinting Was Born in Colonial India*, Londres, Pan Books, 2003.

<sup>26</sup> Michel Foucault, *ibidem*.





des son espacios intrínsecamente problemáticos, que albergan actos de subversión, resistencia, movilizaciones, disenso y protesta, todos los cuales retan el estado de la seguridad nacional, adentro y afuera.

Los crecientes movimientos de la ultra derecha tienden a estar sobre-representados dentro de las instituciones policiales y militares. Ven a las áreas rurales y extraurbanas como espacios puros y auténticos de nacionalismo blanco, asociados con los valores tradicionales y cristianos. Los ejemplos van desde los cristianos fundamentalistas de Estados Unidos hasta el Partido Nacional de Gran Bretaña, el Freedom Party de Austria, el Frente Nacional en Francia y el Forza Italia. Y las zonas en rápida expansión en las ciudades son vistas como lugares que vulneran a la nación, territorios tan ajenos como Bagdad o Gaza.

Paradójicamente, la imaginación geográfica que apuntala el nuevo urbanismo militar tiende a tratar a las fronteras coloniales y a lo nacional por separado, dos caras del “choque de civilizaciones” en la controversial hipótesis de Samuel Huntington.<sup>27</sup> Esta separación imaginaria coexiste con la forma borrosa en que las doctrinas de seguridad militar abordan el tema. No reconocen que los lazos entre ambas son la migración y las inversiones.

Pensar que toda ciudad es un espacio problemático más allá de las auténticas comunidades extraurbanas, crea una especial consonancia entre periferias y centros capitalistas. La construcción de enclaves al estilo israelí en Bagdad en 2003 fue definida por las fuerzas militares de Estados Unidos como una versión en Irak de los conjuntos habitacionales “exclusivos”, las famosas *gated communities* para los ricos. Y de vuelta: en medio de la devastación que el huracán *Katrina* provocó en Nueva Orleans en 2005, los oficiales hablaron de la necesidad



de “retomar” la ciudad contra los “insurgentes”.

Sin duda, esto ha dado lugar a un nuevo “orientalismo” dentro de las ciudades.<sup>28</sup>

Se ve a los distritos de inmigrantes como “zonas atrasadas” que ponen en riesgo al cuerpo político de la ciudad occidental. En Francia, por ejemplo, los planeadores urbanos consideran los proyectos de vivienda en las afueras (*banlieues*) como reservaciones “periféricas”, colindantes pero con distancias a los centros metropolitanos.<sup>29</sup> Las memorias de la guerra en Argelia son usadas por la ultra derecha francesa para argumentar que las *banlieues* son en sí mismas disruptivas del orden. Discurso que movilizó a la policía en los principales centros de vivienda de los inmigrantes y causó los motines de 2005.

Kristin Ross ha señalado que se trata de una forma en que Francia se distancia de sus antiguas colonias, tanto afuera como adentro. Esta forma, argumenta, consiste en acordonar a los inmigrantes, desplazarlos a los suburbios, en una remodelación masiva de las fronteras sociales dentro de París y otras ciudades francesas.<sup>30</sup> Las revueltas de 2005 sólo son una más de las reacciones a la militarización de la colonización interior que Mustafa Dikeç ha llamado “las tierras malas” de la república francesa contemporánea.<sup>31</sup>

En efecto, los simples actos de inmigración ahora son pensados como actos de guerra. Este giro en el discurso cambia el énfasis de las obligaciones morales de ofrecer hospitalidad y asilo a la criminalización de los inmigrantes, como si se tratara no de seres humanos, sino de armas<sup>32</sup> contra un poder nacional antes homogéneo y sin diversidad étnica.

<sup>28</sup> Sally Howell y Andrew Shryock, “Cracking down on Diaspora: Arab Detroit and America’s ‘war on terror’”, en *Anthropological Quarterly*, núm. 76, pp. 443-462.

<sup>29</sup> Stefan Kipfer y Kanishka Goonewardena, *op. cit.*

<sup>30</sup> Kristin Ross, *Fast Cars, Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture*, Cambridge, MIT Press, 1996, p. 12.

<sup>31</sup> Mustafa Dikeç, *Badlands of the Republic: Space, Politics and Urban Policy*, Oxford, Blackwell, 2007.

<sup>32</sup> Cato, “The Weaponization of Immigration”, Center for

<sup>27</sup> Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1998.

De aquí en adelante el discurso de la derecha que demoniza a las ciudades se convierte en una confusa e interminable definición de violencia política. Samuel Huntington, llevando su tesis del choque de civilizaciones a otro terreno, ahora argumenta que el corazón del poder y la identidad estadounidense está siendo amenazada ya no por los terroristas islámicos, sino por no-blancos: los grupos de latinos que colonizan ya muchas ciudades.<sup>33</sup> Son estas visiones maniqueas las que le permiten al teórico de las fuerzas armadas estadounidenses, William Lind, argumentar que: “En las guerras de cuarta generación la invasión por inmigración es tan peligrosa como la invasión de un ejército extranjero”. Bajo lo que considera la “venenosa ideología del multiculturalismo”, Lind propone que los inmigrantes en las ciudades occidentales pueden causar, desde dentro, una guerra de cuarta generación, del tipo más peligroso”.<sup>34</sup>

Dadas las dos direcciones del nuevo urbanismo militar, no es de sorprenderse que las ciudades centrales y periféricas empiecen a parecerse: fronteras fuertemente militarizadas, vallas, retenes alrededor de enclaves o “zonas de seguridad”, cédulas de identidad, videocámaras computarizadas, vigilancia biométrica y controles de acceso militarizados alrededor de centros sociales y económicos fortificados contra una masa ingobernable y peligrosa. En los más extremos ejemplos, la idea de las prisiones militares y los enclaves étnicos ahora crecen alrededor de los distritos financieros, las embajadas, los espacios de turismo y consume los aeropuertos, las arenas deportivas, las comunidades “exclusivas” y las zonas de exportación.

En ambos dominios, los esfuerzos se concentran en establecer un perfil de las poblaciones urbanas ligado a un sistema que las observa, las sigue y las clasifica como



peligrosas. Los desarrollos de la alta tecnología de la vigilancia, el seguimiento vía cámaras de circuito cerrado o satelitales, la biométrica y el armamento “no-lethal” se han dado en paralelo a las ciudades occidentales y a las periferias conflictivas. En ambos dominios, finalmente, existe la misma sensación de que las nuevas doctrinas apuntan a una guerra perpetua como forma de tratar a los residentes de una ciudad como permanentes blancos cuya buena voluntad, lejos de asumirse, ahora tiene que ser demostrada continuamente a un complejo aparato de vigilancia y recolección de datos. Esos desarrollos están respaldados por una serie de suspensiones del marco legal que objetivan a ciertos grupos como peligrosos y sobre los cuales pesan desde restricciones especiales, arrestos preventivos hasta encarcelaciones extralegales en un mundo global que ya cuenta con campos de tortura y gulags modernos.

Estos procesos se sobrepone a las tradiciones de seguridad urbana que fuerzan a la gente a probar su legitimidad si quieren seguir moviéndose libremente. Los teóricos de las ciudades y algunos filósofos se preguntan si la ciudad como espacio clave del disenso y la movilización será sustituida por una compleja geografía de enclaves que se entrelazan fuera de los sistemas de acceso-control.<sup>35</sup> En ese contexto, uno puede

Immigration Studies, February 2008 [http://www.cis.org/weaponization\_of\_immigration.html].

<sup>33</sup> Samuel Huntington, *Who Are We: The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 2005; Samuel Huntington, *op. cit.*

<sup>34</sup> William Lind, “Understanding Fourth Generation War”, en *Military Review*, septiembre-octubre 2004, p. 16 [www.au.af.mil/au/awc/awcgate/milreview/lind.pdf].

<sup>35</sup> Bülent Diken y Carsten Bagge Laustsen, *The Culture of Exception: Sociology Facing the Camp*, Londres, Routledge, 2005, p. 64; Stephen Graham y Simon Marvin, *Splintering Urbanism*, Londres, Routledge, 2001.

preguntarse si las ciudades están en un proceso de disociación entre su papel como lugares clave de la acumulación de capital y el de centros de la movilización del disenso democrático.

*Economías vigilantes*

Avanzando hacia nuestro tercer punto clave —la economía política del nuevo urbanismo— es importante recalcar que la colonización de las ideas militares de la seguridad en el tema de las ciudades no tiene una fuente única. Proviene de los complejos en expansión, industriales transnacionales que se extendieron más allá de los sectores militares y de seguridad para las industrias de tecnología, la vigilancia y el entretenimiento hacia una amplia red de consultoras, laboratorios y universidades corporativas que venden soluciones de seguridad como balas de plata para resolver complejos problemas sociales, pasando por una vasta generación de ideólogos militares que han pensado en la violencia política como la que nos sobrepasa en la vida cotidiana.

A través de vagas y totalizadoras ideas sobre seguridad, vivimos hoy virtualmente infectados por ellas en nuestra vida pública y social,<sup>36</sup> para que estas industrias puedan obtener dividendos portentosos justificados en los análisis riesgosos de cualquier espacio de nuestra vida cotidiana o de nuestros comportamientos. A la par del colapso económico global, son estas industrias y servicios las que han florecido como nunca antes.

Como el ejemplo de Raytheon demuestra, son las mismas compañías de seguridad las que venden, instalan y monitorean las técnicas y prácticas del nuevo urbanismo militarizado en las zonas de guerra y en nuestras ciudades. Con frecuencia, las políticas de seguridad en Europa o Estados Unidos no necesitan bloques supranacionales que las aprueben, porque en realidad no se trata tanto de dar seguimiento a los



inmigrantes como de favorecer a ciertas industrias de defensa, seguridad y tecnología que puedan competir en los mercados globales.

En este lucrativo mercado de exportación, la experiencia israelí de cerrar ciudades y convertir territorios ocupados en campos de prisioneros permanentes es especialmente influyente, dado que son tecnologías de combate probadas. La nueva barda en la frontera entre México y Estados Unidos, por ejemplo, está siendo levantada por un consorcio ligado a la Boeing y a la compañía israelita Elbit, cuyos radares y tecnologías de seguimiento significaron el encierro definitivo de la vida urbana de los palestinos. De igual manera es asombrosa la semejanza que las estrategias de contrainsurgencia de Estados Unidos en Irak tienen con el tratamiento de Israel en la segunda Intifada.

La economía política que sustenta al nuevo militarismo urbano se enfoca inevitablemente en el papel de élite de unas cuantas ciudades llamadas “globales”, como centros del capitalismo neoliberal, así como en los principales mercados para proponer nuevas soluciones de seguridad. Son los centros financieros los que concentran la última tecnología de seguridad militar, los que financian a las más grandes universidades corporativas —que dominan la investigación de la nueva seguridad— y sostienen una red global de instituciones financieras que se apropian de ciudades enteras en nombre del “libre comercio”.

La red global de ciudades desde donde se orquesta el neoliberalismo capitalista —Londres, Nueva York, París, Frankfurt— ha ayudado a producir la nueva lógica de la adquisición agresiva de los mercados que trabaja de cerca con los Estados militares y sus contratistas privados. Con la desregulación de la violencia para los monopolios de las corporaciones mercenarias, el “urbicidio” y la rapiña, que en otras épocas había alimentado los aspectos más parasitarios de las economías occidentales, se ha hecho más

<sup>36</sup> Giorgio Agamben, “Security and Terror”, en *Theory and Event*, vol. 5, núm. 4, 2002, pp. 1–2.

visible.<sup>37</sup> En un mundo donde la escasez de recursos nos obsesiona, el nuevo urbanismo militar se liga íntimamente con una explotación neocolonial de materias primas distantes, en un esfuerzo para seguir sosteniendo a las ciudades ricas y sus estilos de vida. Nueva York y Londres proporcionan el poder corporativo y financiero para apropiarse del petróleo iraquí desde la invasión en 2003. El despojo de tierras para sembrar granos para biocombustibles y alimentos también está centrado en las ciudades financieras. Y, finalmente, el boom de los mercados de seguridad de alta tecnología le ha dado a estas ciudades un estímulo en medio de una crisis económica global.

*La infraestructura urbana, la guerra*

La naturaleza misma de la ciudad moderna —su dependencia en densas redes de infraestructura, su complejidad y anonimato, su necesidad de alimento, agua y electricidad importada— crea la posibilidad de formas de violencia contra ella y a través de ella. Por lo tanto, la ciudad es concebida por los Estados y los combatientes sin Estado como un medio para la guerra.

Muchos ejemplos recientes demuestran cómo los actores sin Estado obtienen la mayor parte de su poder a través de la apropiación de las infraestructuras necesarias para sostener la vida urbana moderna, global, y cómo amplifican su importancia al utilizarlas. Los insurgentes han usado las infraestructuras urbanas para atacar Nueva York, Londres, Madrid, y Mumbai. Intervienen las redes eléctricas, los ductos de petróleo y los sistemas de teléfonos celulares en Irak y Nigeria. Los piratas somalíes sistemáticamente secuestran barcos usando a los corredores del comercio marítimo como fuentes de inteligencia en las subastas de Londres. Y al hacer esto esos actores han transformado los aviones, los trenes subterráneos y las comunicaciones en armas letales.

Sin embargo, esas amenazas terroristas a las infraestructuras palidecen ante los esfuerzos de los Estados

militares contra las ciudades. Estados Unidos e Israel, por ejemplo, han trabajado sistemáticamente en la “desmodernización” de las infraestructuras urbanas en Gaza, Líbano e Irak desde 1991. Los Estados han sustituido la guerra total contra las ciudades con la destrucción sistemática de sus fuentes de agua y electricidad —con bombas que esparcen millones de municiones de grafito para causar corto circuitos.

Vendidos a los medios como inexorables presiones políticas contra los regímenes adversarios, estos modelos supuestamente humanitarios de guerra terminan por matar tan efectivamente a los miembros más vulnerables de las sociedades, como un bombardeo, pero sin la molestia de las cámaras de televisión. Estos ata-



ques deliberados generan crisis de salud en las sociedades altamente urbanizadas en las que no existen fuentes alternativas para conseguir agua potable, electricidad, alimentos o medicamentos.

El devastador sitio de Israel en Gaza desde que Hamas fue electo como gobierno en 2006 presenta un ejemplo revelador. Un corredor urbano densamente poblado, con cerca de un millón y medio de personas fue apretado en un campo de concentración. En sus confines, la muerte de los débiles, viejos, y enfermos son invisibles para el resto del mundo. Los individuos más fuertes son forzados a vivir en algo cercano a lo que

<sup>37</sup> Stefan Kipfer y Kanishka Goonewardena, *op. cit.*

Giorgio Agamben ha llamado “la vida desnuda”,<sup>38</sup> una vida biológica que puede sacrificarse en todo momento por un poder colonial que mantiene su derecho a matar con impunidad y que le ha quitado a su población toda responsabilidad moral o política en esa violencia.

Crecientemente, las metas de esa guerra contra las infraestructuras de las ciudades como medio para coaccionar políticamente parecen aplicarse también a la competencia económica. La Rusia de Putin gana en estos días buena parte de su influencia estratégica no por medio de las armas, sino con la amenaza sobre Europa de bajar el *switch* del abastecimiento de energía.

#### *Ciudadanos soldados*

La quinta clave del nuevo urbanismo militar es la forma en que intenta legitimarse en la cultura popular, urbana, electrónica y material. Frecuentemente, las labores militares de seguimiento, vigilancia y definición de objetivos a atacar no requerían de sistemas tecnológicos completamente nuevos. Simplemente se apropiaban de sistemas que ya operaban para viajar y consumir. Así, las congestionadas zonas de tránsito y compras de Londres se renombraron como zonas de seguridad. Internet, sus interacciones y transacciones cotidianas, es usada ahora para formar bases de datos que permitan anticipar supuestas conductas delictivas. Los sueños de automóviles inteligentes son transfigurados en armas no-tripuladas. Toda la imaginería de los satélites y del GPS, que ayudan a desarrollar nuevos estilos de vida urbanos, son usados ahora para hacer más preciso el lanzamiento de un bombardeo. Y, como en la iniciativa en Lower Manhattan, las cámaras de circuito cerrado, diseñadas para hacer las compras más seguras, se transforman ahora en sistemas de vigilancia antiterrorista.

Quizás uno de los cruces entre civiles y militares se está dando en las culturas de lo virtual y el entreti-



miento. Para producir sujetos que pudieran manejar artefactos no tripulados, el ejército estadounidense produce año con año los más cotizados videojuegos. *America's Army* o *Full Spectrum Warrior*<sup>39</sup> permiten a los jugadores matar terroristas en ciudades de Medio Oriente mediante aplicaciones de *software* utilizado para entrenamientos militares reales. Para cerrar el círculo entre el entretenimiento virtual y el asesinato a control remoto, ahora los paneles que usan los pilotos de los no-tripulados Predator —manufacturados por nuestros viejos amigos de Raytheon— imitan los de PlayStation, consolas con las que los reclutas están más familiarizados.

Un circuito final de cruce es la cultura del automóvil. El símbolo más poderoso de su popularidad son los vehículos explícitamente militares. El auge y caída de las Hummer es un ejemplo central. Los vehículos para la guerra urbana han sido convertidos en transporte de civiles hiper agresivos, marcados por el patriotismo de la guerra contra el crimen y el terrorismo. De vuelta, las camionetas Suburban modificadas han sido el vehículo elegido por los mercenarios de Blackwater en las calles de Irak. Adicionalmente, están los cruces entre los automóviles civiles computarizados y las impacientes investigaciones de los militares para construir vehículos robóticos que puedan usarse en la guerra urbana. Y cerrando el ciclo, ahí está la angustia de Estados Unidos por acaparar las fuentes que restan de petróleo.

<sup>38</sup> Giorgio Agamben, *Homo Sacer*, Valencia, Pre-Textos, 2009.

<sup>39</sup> Véanse las páginas respectivas para cada juego: [<http://www.americasarmy.com>] y [<http://xbox.ign.com/articles/519/519972p1.html>].